

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

MARSALA Y CASTELFIDARDO

- SUMARIO: I.—El complemento de la unidad italiana: Venecia, Nápoles y Roma.—Las anexiones de 1859 y las de 1860: en qué se diferencian.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Estado de Roma en la primavera de 1860: la curia pontificia se inclina á la política de acción: circunstancias diversas que favorecen esta tendencia.—El cardenal Antonelli y monseñor de Merode, su carácter y su influencia.—Idea de crear un ejército pontificio.—Lamoriciere: su viaje á Roma: su misión militar.—Recelos que esta misión inspira al embajador de Francia.—La obra del general Lamoriciere.—Obstáculos que esta obra encuentra; de cómo el general logra vencer algunos de estos obstáculos.—Negociaciones del embajador de Francia en previsión de la retirada del cuerpo de ocupación: conferencias, proyecto de convenio.—Acontecimiento que vuelve á ponerlo todo en suspenso.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—De las diversas tentativas para excitar la revolución en el reino de las Dos Sicilias: el señor Crispi en 1859.—Insurrección siciliana en abril de 1860: Garibaldi, sus vacilaciones y condiciones de su consentimiento en una expedición á la isla.—El gobierno sardo: de qué manera Cavour parece haber considerado la empresa.—Garibaldi y sus compañeros: últimas vacilaciones: la expedición es acordada.—Los soldados; las armas; los buques.—Actitud de Cavour.—Salida de Garibaldi; victorias; incidentes diversos; entrada en Palermo.—De cómo Cavour teme ser arrollado: contiene y rechaza la revolución.—La corte de Nápoles: embajada napolitana en París: recepción de los enviados en Fontainebleau y resultado de esta audiencia.—Negociaciones de los napolitanos con el gobierno de Turín: Talleyrand; ineficacia de su intervención: una embajada extraordinaria llega de Nápoles: carácter irrisorio de las negociaciones.—Proyecto francés y de cómo Inglaterra lo rechaza.—Tentativa de Cavour para adelantarse á Garibaldi en Nápoles: intriga y conspiración: de cómo esta intriga fracasa.—Marcha de Garibaldi á través de la Italia del Sur: últimos días de Francisco II en su capital: su salida: entrada de Garibaldi en Nápoles (7 de septiembre).
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Apuros de Cavour, y cómo nacen del triunfo mismo: su proyecto de adelantarse á Garibaldi en el territorio pontificio.—Diversos manejos para preparar una sedición en la Umbría y en las Marcas.—Carácter que Cavour procura dar á su empresa: dice que quiere combatir la revolución.—El emperador: entrevista de Chambéry: versiones italianas y despachos franceses: cuál parece haber sido la actitud del emperador.—Últimos preparativos de Cavour.—Intimación al cardenal Antonelli.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Lamoriciere y su obra de organización militar.—Primeros indicios de ataque de parte de los piemonteses.—Últimatum enviado por el general Fanti y rompimiento de las hostilidades.—Plan de Lamoriciere y proyecto de concentración sobre Ancona.—Esperanza de una intervención francesa: Thouvenel y el emperador: cambio de despachos: el señor de Grammont en Roma; apremiantes preguntas que le son dirigidas: incidentes diversos: relevo de Talleyrand: Grammont en Roma y sus crueles apuros.—Las operaciones militares: marcha de Lamoriciere sobre Ancona: combate de Castelfidardo: derrota de los pontificios y heroísmo de los franco-belgas.—Lamoriciere entra casi solo en Ancona.—Sitio de la ciudad y capitulación.—Triunfo de la política de Cavour.

I

El 2 de abril de 1860, en el acto de la apertura del Parlamento sardo, el rey Víctor Manuel se expresó de este modo: «Italia no es ya la Italia de los romanos, ni la Italia de la Edad media, y no ha de ser ya en adelante un campo abierto á las ambiciones extranjeras, sino que ha de ser la *Italia de los italianos*.» Libres de las reservas oficiales, los diputados juzgaron inútil disimular bajo esas vagas fórmulas sus designios ambiciosos. Lo que el rey daba á entender discretamente, lo publicaron ellos en voz alta. «Juremos no detenernos hasta haberse cumplido los destinos de la patria común.» Así hablaba, en la sesión del 13 de abril y en medio de ruidosas aclamaciones, el ponente del proyecto de ley que sancionaba la anexión de la Emilia y de la Toscana. *Venecia, Nápoles y Roma*, tales eran las tres ciudades que faltaba libertar. Respecto á Venecia, se resignaban á tener paciencia, porque estaba bien guar-

dada por los cañones austriacos. En cambio, el reino de las Dos Sicilias era considerado como una magnífica presa, posible de coger, si en el interior estallaba alguna insurrección que sirviese de pretexto para una intervención. En cuanto á Roma, la bandera francesa que ondeaba en el castillo de San Angelo la hacía inviolable; pero á intervalos casi periódicos se hablaba de la retirada del cuerpo de ocupación; tan pronto como hubiesen partido los franceses, un poco de habilidad bastaría para que el pueblo romano quisiese lo que quería el gobierno sardo; fuera de la ciudad y de la campiña de Roma había las Marcas y la Umbría, dos hermosas provincias que completaría muy ventajosamente la reciente adquisición de las Romañas. El rey, los ministros, los altos personajes del Estado afectaban moderar la aspiración pública, pero la contenían con tanta suavidad que el mejor modo de agrandar sería desobedecer. Ellos mismos aventuraban á veces algunas confidencias que, repetidas á propósito, comentarían ó aclararían el

lenguaje oficial. En abril de 1860, visitando el rey la ciudad de Florencia, se le vió, á la salida de un banquete, hablar extensamente con el conde Pasolini, ex ministro constitucional de Pío IX, interrogarle minuciosamente sobre el estado de Roma y despedirlo con estas palabras: «A Roma, necesito ir: es preciso que vayamos pronto (1).»

En vano, pues, ciertos diplomáticos pretendían haber puesto un dique á las ambiciones de Cavour. El reino de la alta Italia, que años atrás le hubiese satisfecho quizá, ya no le bastaba. Sus miras, cada vez más extensas, abarcaban toda la Península desde las lagunas de Venecia hasta las puntas de Sicilia. Su designio podría encontrar obstáculos ó sufrir retrasos; pero su programa quedaba bien definido y consistía en la Italia unitaria puesta enteramente bajo el cetro de su rey y fuertemente disciplinada bajo su mano.

Varios rasgos particulares marcan ese coronamiento de la unificación. Las anexiones de 1859 pueden llamarse unión voluntaria: las de 1860 son visiblemente el fruto de la conquista. En 1859, los italianos del centro, abandonados por sus príncipes ó separados de ellos, se ofrecieron sin repugnancia, y los más refractarios se dejaron absorber sin murmurar mucho; en 1860, los italianos del Sur, después de algunos días de impulso, retrocedieron, pero de tal modo que sólo el terror pudo retenerlos ó someterlos. En 1859, el voto popular, aunque no del todo espontáneo, precedió á la ocupación; en 1860 procedióse desde luego á la ocupación, y el voto no vino hasta después, bajo la inspección armada de los que habían de sacar provecho de él. La obra de 1859, en muchos puntos, adoleció de dolo; la de 1860 adoleció de violencia. En 1859, Cavour eludió el antiguo derecho público; en 1860, lo desafió. Después de haber graduado sabiamente sus atrevimientos, se alzó al nivel de esas grandes audacias que el mismo pueden llamarse genio que banditismo. Su marcha, largo tiempo mesurada, se precipitó de pronto. Decía que había necesidad de adelantarse á la revolución, y so pretexto de vencerla, se encarnó en ella. Todo lo que había preparado laboriosamente en largos años, lo terminó en pocos meses, á despecho de Francia, sucesivamente afable y severa; á despecho de Austria, muda de estupefacción ó sofocada por la cólera; á despecho de toda Europa indecisa y desorientada; con una actividad febril, marcha hacia sus fines, como si hubiese tenido el presentimiento de la brevedad de sus propios días. En 1859, la política de anexión se desarrolló como una comedia de intriga, más fértil en incidentes curiosos que en emocionantes peripecias; en 1860, la comedia se trocó en drama, drama de una sencillez singular y sorprendente. En el suelo de la Península se dieron cita, por un lado, los sostenedores del derecho antiguo, y, por otro lado, los sostenedores del derecho revolucionario, de modo que la querella agrandada viene á ser la del viejo mundo y del mundo nuevo. Los unos se reúnen en Roma bajo la bandera pontificia; los otros, en los muelles de Génova, se reúnen bajo la bandera de Garibaldi. De ahí dos cruzadas: una para defender y otra para atacar lo que queda del pasado. Mientras tanto, Cavour vela é interviene en el momento oportuno. Aplasta á los unos,

(1) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 263.

tratándolos de mercenarios, y á los otros, que proclama héroes, votándoles acciones de gracias, les birla el puesto. Así se forma la nueva monarquía, la que no espera más que un desfallecimiento de Austria ó de Francia para anexionarse á Venecia y Roma. Entonces se completará, según la expresión de Víctor Manuel, la *Italia de los italianos*, la Italia modelada sobre los grandes Estados modernos, la Italia emancipada, libre, y hasta feliz, si para serlo basta escapar á los abusos parciales, vivir bajo un régimen uniforme, someterse á leyes muy duras, pero votadas en debida forma, y soportar con mucha igualdad enormes cargas.

II

En este segundo período de las anexiones italianas, Roma es la primera que llama la atención.

En 1860, Roma no era ya la Roma de Gregorio XVI, fija en una voluntaria inmovilidad; no era tampoco la de 1846, enamorada de un pontífice, ni la de 1848, agitada por abiertas rebeliones; no era tampoco la Roma de los años anteriores materialmente muy feliz, amante de Pío IX, no con entusiasmo como antes, sino con afecto sincero, un poco escéptica sobre los abusos tantas veces denunciados por la prensa extranjera, y esperando con notable paciencia lo que en Turín llamaban su liberación. Había pasado sobre la ciudad santa una ráfaga de inquietud. Sin que la revolución dominase, se veían los síntomas de una agitación que, ficticia al principio, no tardaría en ser real si no se la contenía severamente. Las tradiciones estaban menos seguras; la política había entristecido las relaciones ordinarias de la vida; hasta las fiestas parecían menos alegres, de tal modo se temía que sirviesen de pretexto para las manifestaciones. Entre los descontentos, cuyo número había aumentado mucho, la consigna consistía como siempre en reclamar reformas; según una táctica antigua, se guardaban mucho de precisar; de ese modo las quejas permanecían flotantes y tan vagas que ninguna concesión podría acallarlas. En ciertos días de aniversarios patrióticos, los cafés próximos á la plaza Colonna se llenaban de un gentío turbulento, formábanse grupos en el Corso, aparecían, desaparecían y volvían á aparecer banderas italianas; después del *Angelus*, las ventanas se iluminaban con farolillos. Cuando los manifestantes se emancipaban en demasía, intervenían los gendarmes pontificios; si éstos no ejercían represión alguna, eran objeto de burla, y si se mostraban más ó menos rudos, el telégrafo propalaba el día siguiente por toda Europa el rumor de sus pretendidos asesinatos. En los casos extremos, una ó dos compañías francesas salían de sus cuarteles, y, en un abrir y cerrar de ojos, se despejaban calles y plazas. Los gendarmes pontificios y los soldados franceses raramente se separaban sin alguna querrela, por cuanto los primeros á menudo se mostraban torpes y los segundos no miraban con malos ojos el desorden que reprimían, sin embargo, con eficacia. El general Goyón, comandante en jefe del cuerpo de ocupación, ordenaba numerosas patrullas y enviaba al emperador partes tan vehementes, que Napoleón le hacía censurar por el mariscal Randón, y el embajador de Francia señalaba agriamente su excesivo celo.

Tal era el aspecto exterior de las cosas. Los extranjeros iniciados en la vida más íntima de la sociedad y sobre todo de la curia romanas, encontraban allí otra materia de observación no menos curiosa. En el Vaticano se celebraban conciliábulos más largos y más animados que de costumbre, y se recogían y comentaban frases atribuidas á los prelados más influyentes, frases que eran indicio de una política menos tímida, menos circunspecta y casi belicosa: el gobierno pontificio parecía dispuesto á resistir á la revolución, no sólo con las armas espirituales, sino que también con las otras, ya que Dios no las había prohibido y los pontífices eran, después de todo, soberanos temporales. De los recuerdos de la Iglesia, los más gratos parecían ser los de sus combates: decíase que toda fuerza puesta al servicio de una causa santa venía á ser santa también; se recordaba la batalla de Lepanto y se añadía que el estandarte de aquella jornada, piadosamente conservado, podría proteger otras victorias: á nuevos bárbaros había que oponer una nueva cruzada.

El papa había sentido vivamente la pérdida de las Romanas, y lo que más acentuó su disgusto fueron las combinaciones diversas imaginadas por el emperador y que pretendían dejar al expoliador los beneficios de la conquista y consagrar su derecho de alta soberanía en provecho del expoliado.

El despacho trocóse en estupefacción cuando, á mediados de febrero, un mensajero procedente de Turín, el padre Stellardi, osó exponer á Pío IX, en una audiencia particular, lo que él llamaba los propósitos del Piamonte. Víctor Manuel estaba dispuesto á declararse fiel feudatario de la Santa Sede; pero el papa era tratado más que nunca de incapaz, la Cerdeña había de tener la libre administración no sólo de las Romanas, sino que también de las Marcas y de la Umbría, que el pontífice no había perdido aún: era la combinación del *viceriario* ampliada. A aquella avidez cínica y tranquila el Padre Santo replicó con el adagio de derecho civil que dice: *Res clamat ad dominum*, y el padre Stellardi se retiró ignominiosamente despedido (1).

En tan crítica situación, el apoyo de Francia subsistía, pero casi tan importuno como útil. En primer lugar, la protección no era más que parcial: muy eficaz en Roma y en el antiguo patrimonio de San Pedro, no cubría material ni moralmente los territorios situados allende el Apenino. En la misma Roma estallaban frecuentes conflictos entre nuestros oficiales y los agentes pontificios. En segundo lugar, el protector alegaba sus servicios para aconsejar reformas, y la palabra «reforma» tenía el don de excitar en grado sumo al papa, á sus ministros y á los individuos del Sacro Colegio: sin negar ciertos abusos, no podían admitir que hubiese necesidad de reformarlo todo en la antigua organización de los Estados de la Iglesia; pedían que se precisasen los cargos y añadían que las reformas, posibles en tiempo de calma, parecerían una prueba de debilidad en tiempo de crisis. Por otra parte, los franceses tenían, en general, un modo muy particular de sostener al gobierno pontificio: no perdonaban ocasión de manifestar su res-

(1) Carta del rey Víctor Manuel á Pío IX, 7 de febrero; instrucciones de Cavour al padre Stellardi, 8 de febrero; parte del padre Stellardi al rey (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 398 y siguientes).

peto por Pío IX, pero hacían una marcada distinción entre el pontífice y los personajes que lo rodeaban, interpretando en eso los verdaderos sentimientos del emperador, que hubiera limitado su apoyo á la protección personal del papa.

El Padre Santo y sus consejeros eran demasiado inteligentes para no adivinar el fondo de los pensamientos y demasiado altivos para no desear una condición menos precaria. En tales circunstancias se deliberaron los primeros proyectos que, al traslucir un poco, excitaban tanto la curiosidad de los extranjeros y de la sociedad romana. En esto se supo en Roma el vivo movimiento de opinión que, durante los primeros meses de 1860, empujó hacia al papa no sólo á los católicos, sino á todos los que se asustaban de las ambiciones de Cavour. Los soberanos religiosos, como todos los demás soberanos, tienen sus aduladores. Lo que era una manifestación considerable fué presentado por la lisonja como una aspiración universal, y se creyó que el papa encontraría en el exterior el suplemento de recursos que no podía sacar de su territorio mermado. Bajo tales impresiones se concretó el plan, que consistía en asegurar al Padre Santo, por medio de las suscripciones de los fieles, un tesoro y, por medio de reclutas voluntarias, un ejército.

Esa evolución había de ocasionar en el Vaticano, no una crisis ministerial (cosa desconocida en Roma), sino un cambio pasajero de influencia. Llamado á la dirección de los Negocios públicos desde 1849, el cardenal Antonelli hacía más de diez años que ocupaba la secretaría de Estado, desplegando en este cargo notables cualidades, pero negativas. Todo su arte había consistido no en hacer prosperar el Estado pontificio, sino en impedir que muriese. Parecía el huésped de una casa ruinoso, que no se atreve á mover una piedra por temor de que todo el edificio se derrumbe. Las empresas de los revolucionarios justificaban en parte aquella cautelosa prudencia. El cardenal quizá pensaba también muy secretamente que el espíritu moderno que ha destruido todas las soberanías eclesiásticas no perdonaría á la más augusta de todas, y que sería una insensatez acariciar vastos proyectos. Teniendo muy poca confianza en sí mismo desde sus desgracias, Pío IX se había entregado casi enteramente á aquel inteligente consejero que tenía todas las habilidades de que él carecía, y que, sin dar mucho brillo á su reinado, le evitaría al menos, á lo que se esperaba, las grandes dificultades. Dueño casi absoluto, Antonelli había gobernado á Roma como se cuida á un enfermo que nunca ha de volver á tener una salud brillante, pero cuyos días se pueden prolongar indefinidamente. Considerando que las cosas humanas se componen de una sucesión de plazos, estimaba que ganando tiempo preservaría de todo descalabro el reinado de Pío IX y el suyo propio: después de él Dios haría lo demás, y, según sus designios, dejaría caer ó mantendría el antiguo principado. Confiando poco en el pueblo romano, sin creer mucho en la popularidad de su jefe y nada en la suya propia, Antonelli fundaba sobre todo su política en el apoyo de las potencias. La naturaleza y el estudio le habían dado, para tratar con ellas, todas las cualidades del diplomático consumado. Respecto á Francia, realizó el prodigio de no hacer nunca nada de lo que ésta pedía y de no indisponerse

nunca con ninguno de sus representantes. A intervalos casi periódicos, el embajador llegaba con un programa de reformas que, según se decía, el emperador deseaba extraordinariamente. El ministro de Pío IX, sin dar una contestación afirmativa ni negativa, prodigaba las buenas palabras. Cuando se insistía, el cardenal secretario afectaba esa ignorancia de las cosas del mundo que no sienta mal en un tonsurado, é invocaba la necesidad de enterarse por medio de informaciones, comisiones y dictámenes; pues, aunque desdeñaba mucho al parlamentarismo, se le habían pegado del lenguaje parlamentario todas las palabras que significaban *diferir*. Antes de expirar un plazo ó de llegar á una solución, el embajador era generalmente relevado, y se reproducía el mismo sistema con el sucesor. Así gobernaba Antonelli. Como hallaba su fuerza en perpetuos aplazamientos, no había de servir mucho para la política activa preconizada desde hacía algún tiempo. No abandonaría el poder, pero se retiraría provisionalmente del proscenio, sin perjuicio de volver á desempeñar el primer papel en los negocios pontificios. La política nueva fué entonces representada por un prelado cuya principal originalidad consistía precisamente en desdeñar todas las habilidades en que el cardenal se complacía.

Este prelado se llamaba Xavier de Merode. Era hombre de gran nobleza y de gran corazón. Había nacido en Bélgica, pero le unían á Francia muchos lazos de familia y amistad. En su juventud había servido en el ejército belga y más tarde en el ejército francés de Argelia, con lucimiento. Por vocación abrazó luego el estado eclesiástico, y Pío IX lo elevó al arzobispado en 1850. En la Roma de entonces, la fisonomía personalísima de este robusto y libre franco-belga no tardó en sobresalir. Era sobre todo sincero y mostraba con igual sencillez sus virtudes admirables que sus defectos bastante numerosos. El principal de estos defectos era el exceso de la sinceridad. Admitido en la familiaridad de Pío IX, le dijo la verdad como ningún súbdito llegó á decirle jamás á su soberano, y no satisfecho con decirle de tal modo, la publicó con una libertad inusitada. Vió en Roma usos pueriles ó anticuados, y se burló de ellos; actos de favoritismo, y los señaló; alternativas de torpe severidad ó culpable mansedumbre, y los condenó en voz muy alta. Aunque sumamente bondadoso, su crítica tenía con frecuencia algo de original y cáustico que grababa la herida impidiendo que se cerrase. Gran desfacedor de entuertos, la resistencia lo exasperaba. Era rudo con los poderosos y afable con los humildes, con los extraviados ó con los que sufrían. Antonelli y Merode ofrecían en el Vaticano el más notable de los contrastes. Antonelli sólo trabajaba para perpetuar la paz, aunque fuese la paz en la inmovilidad; Merode era amante del combate hasta en la victoria. Este, que era la rectitud en persona, era amigo de todas las verdades, y sobre todo de las más difíciles de decir; Antonelli no se detenía hasta los límites indecisos en que la mentira empieza. El prelado era de los impetuosos que arrojan á los mercaderes del templo; el cardenal cuidaba mucho de no verlos, ya por natural tolerancia ó complicidad secreta, ya por la triste convicción de que, en el Estado pontificio, el templo estaría muy vacío si sólo se permitía que lo ocupasen los que no traficaban en él.

Respecto al papa, cada uno de estos dos personajes ejercía una influencia particular que parecía excluir toda competencia. Pío IX quería mucho á Merode, pero temía su lengua expedita y su espíritu fogoso: en cambio, sin sentir amistad por Antonelli, se dejaba dominar por la experiencia y por la refinada diplomacia del cardenal. El afán de Merode consistía en la acción. Animado de un amor sin límites á la Iglesia y al papa, se desesperaba á la idea de que la soberanía temporal pudiese sucumbir y quería preservarla á costa de todos los sacrificios y sobre todo modernizándola; de modo que este retrógrado se hacía hombre de progreso y se complacía en desplegar á los ojos de los romanos pasados la actividad propia de su país. El ex oficial de Africa no ponía en duda que si, á pesar de todos los esfuerzos, el asalto de la revolución era inevitable, el papa encontraría defensores capaces de salvar su trono ó, al menos, de honrar su caída.

En la primavera de 1860, como la política de acción tendía á prevalecer, aumentó en igual proporción la influencia de Merode. El cardenal conservaba la dirección de los negocios; pero en Roma se empezaba á decir por lo bajo que había en torno de Pío IX dos partidos, el de Antonelli y el de Merode.

En Francia los católicos más ardientes simpatizaban con esta política de acción, previamente indicada por ellos. Monseñor Pie había dicho, meses atrás, á un grupo de sacerdotes que le consultaban acerca de un presente que querían remitir al Padre Santo: «Enviadle más bien hombres y dinero.» El dinero era fácil de obtener, y ya se organizaban suscripciones voluntarias con el nombre de *Dinero de San Pedro*. En cuanto á las fuerzas militares, la dificultad iba á ser mayor; pero se llegaría á constituir las, pues unos habían de ofrecerse por abnegación y otros habían de dejarse seducir por la perspectiva de notables ventajas. Lo más importante y también lo más difícil era encontrar un jefe capaz de utilizar los elementos antiguos, fusionarlos con los nuevos y llevar á todas partes el espíritu de disciplina, y capaz sobre todo de comunicar algún prestigio á lo que llamaban desdeñosamente «los soldados del papa,» caídos en un descrédito tan real como injusto.

En esto desplegó Merode su emprendedora actividad. Entre los militares franceses que, á causa de los azares de la política, se hallaban entonces disponibles, había un general que Merode había conocido en Africa, visto nuevamente en Bruselas después del golpe de Estado y con quien le unían lazos de un lejano parentesco: nos referimos al general Lamoricière. La elección no podía ser más acertada. Lamoricière había desplegado en Argelia varias de las brillantes cualidades que distinguen á los verdaderos capitanes: su nombre, sinónimo de valor, traía á la memoria gloriosos recuerdos: después de haber permanecido largo tiempo apartado de las prácticas religiosas positivas, el general había vuelto recientemente á ellas, de modo que la Iglesia podía contarle entre los suyos. Una sola objeción podía formularse y era que Lamoricière, desterrado por el Imperio, figuraba entre los adversarios más intratables, por cuyo motivo Napoleón vería sin duda con disgusto que el papa se entregase en manos de él. Pero Merode y sus amigos, muy irritados contra el emperador, deseaban emanciparse del todo.

Lamoricière mereció toda la gratitud de los católicos. Pocos meses antes, hablando con el Sr. de Corcelles, ex embajador de Francia en Roma, sobre la causa pontificia, el general había dicho con mucha naturalidad: «Es una causa por la cual sería hermoso morir.» Encontrábase en Picardía, en el castillo de Prouzel, cuando, en marzo de 1860, monseñor de Merode fué á visitarlo acompañado de su hermano el conde Werner de Merode. Hubiera podido alegar que tenía en el partido liberal y hasta entre los demócratas una vieja popularidad que iba á comprometer; que las dificultades eran inmensas y las probabilidades de éxito casi nulas; que la obra sería muy ingrata si se limitaba á una misión de policía, y que conduciría á un fracaso casi inevitable si la lucha estallaba en las fronteras. Lamoricière fué seducido por la grandiosidad del sacrificio, sin considerar nada más. Su aceptación fué completa y sin reserva alguna. Escribió al general Bedeau, su antiguo compañero de armas, una carta en que le decía: «Encargo á uno de nuestros amigos comunes que os diga la resolución que he tomado... No tengo verdaderamente confianza más que en Dios, porque, á lo que sé, la fuerza de un hombre no puede ser suficiente para la obra que voy á emprender... Espero que en todo caso no me faltará la audacia; pero aguardo la recompensa más bien del cielo que de la tierra.» Hecha esta única confidencia, despidióse brevemente de los suyos, metió su sable de Africa en el equipaje, y aunque apenas restablecido de un ataque de gota, partió sin decir adonde iba. El secreto se había considerado necesario, por temor de que el gobierno francés interviniera cerca del papa y le hiciese cambiar de resolución. El general llegó el 1.º de abril á Roma con monseñor de Merode, fiel compañero de su viaje. A la orgullosa satisfacción de conducir semejante campeón á los pies del papa se unía en Merode el placer de pensar en los apuros de los diplomáticos, en el despecho del embajador de Francia y en el azoramiento de los viejos cardenales.

En 31 de marzo, al saber que el general se encontraba en Ancona, el Sr. de Grammont escribió á Thouvenel: «Como podéis suponer, todo el mundo se preocupa de la llegada de Lamoricière. ¿Qué vendrá á hacer aquí?» En los días siguientes, los partes del embajador revelaban un vivo disgusto. Ya no cabía duda. Lamoricière había aceptado el cargo de generalísimo del ejército pontificio. Pero la ley francesa le prohibía servir en el extranjero sin la autorización del gobierno imperial. Probablemente, la autorización no sería negada, si se pedía antes de la entrada en funciones. Lo que aumentaba el mal humor del duque de Grammont, era la actitud del general Goyón, quien, no viendo en Lamoricière más que un compañero de armas mucho más antiguo que él en graduación y muy ilustre por sus servicios, lo había acogido cordialmente y colmado de atenciones. En 7 de abril, el embajador, despechado, formuló contra Goyón una verdadera queja, añadiendo que la combinación Lamoricière se ejecutaba con un espíritu de incontestable hostilidad contra el gobierno del emperador. Señalaba la llegada á Roma de algunos franceses conocidos por sus opiniones legitimistas. Según el embajador, se trataba de una trama urdida y estimulada, si no por el papa en persona, al menos por su camarilla. Como revancha, el diplomático proponía

la retirada inmediata y completa de las tropas de ocupación.

Intervino el cardenal Antonelli y hasta el papa mismo se interpuso. La autorización de servir al Padre Santo fué solicitada y concedida. Prometiéndose que Lamoricière sólo desempeñaría en Roma una misión militar, sin cubrir jamás con su nombre los manejos de los partidos políticos. El general hizo una visita al embajador. El duque de Grammont, muy calmado, trató de retirar su queja contra Goyón: desgraciadamente ya había sido entregada al emperador. Conjuróse el conflicto, pero si la lucha abierta cedió el puesto á relaciones menos tirantes, los gérmenes de disensiones subsistieron y los veremes reaparecer en toda ocasión (1).

A Lamoricière le absorbían demasiado sus ocupaciones para continuar haciendo caso de aquellas rivalidades. Al mismo tiempo que él tomaba el mando en jefe, Merode era nombrado *ministro de las armas*, de modo que entre los dos llevaban todo el peso de la empresa que había de hacer revivir ó consumir la caída del Estado pontificio. Ambos eran valientes: de no serlo, los hubiera desalentado desde el principio la escasez de recursos. El ejército comprendía apenas siete ú ocho mil hombres, mal vestidos, mal equipados, mediocremente mandados y trabajados por las excitaciones de fuera. La caballería era insignificante, y de la artillería, valía más no hablar. El poco material de guerra existente era tan anticuado, que sólo hubiera servido para algún museo. Oficialmente, subsistían ciertos establecimientos militares; pero hacía tiempo que se les había dado otro destino. Un día Lamoricière quiso visitar lo que llamaban almacén de artillería, y lo encontró ocupado por un taller de carruajes y por varios artistas que desde tiempo inmemorial lo habitaban; y así era todo lo demás. La única dificultad no estaba en la escasez de material, sino en que había que llamar al orden á los oficiales negligentes, á los administradores inactivos y á los contratistas sospechosos. Había en Roma, no grandes banditismos, pero sí una porción de pequeñas faltas de probidad que se absolvían de por sí á fuerza de ser toleradas. Las órdenes del general ó del ministro de las armas no iban á encontrar ninguna oposición abierta; pero, desde los primeros días, se pudo adivinar una resistencia de inercia capaz de paralizarlo todo si no se la vencía, resistencia tanto más peligrosa cuanto que podía creerse aprobada. Antonelli, obligado á compartir la influencia, observaba con impasible frialdad todo aquel aparato bélico. No contrariaba la prueba empezada, esperando que la fatiga de tan dura empresa ó un gran fracaso volvería á valerle la confianza de Pio IX. Dada la alta situación del cardenal, no sostener éste la empresa equivalía á entorpecerla. Su gabinete iba á ser el refugio de todos aquellos á quienes aturdió la infatigable actividad de Merode ó á quienes mortificaban las rudezas del general Lamoricière.

Sólo á costa de muchos resentimientos personales pudo Lamoricière someter al trabajo y á la disciplina á todos sus subordinados. Empezó por visitar las principales ciudades del Estado pontificio, fijando sobre todo su atención en Ancona. Estimaba que, en caso de

(1) Véanse las cartas del duque de Grammont al Sr. de Thouvenel, fechas 31 de marzo, 3, 7 y 13 de abril (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, págs. 106-126).

peligro, los franceses cubrirían á Roma; pero á él le incumbiría, al oriente del Apenino, la defensa de los Estados de la Iglesia, y en tal previsión, convenía convertir Ancona en una verdadera plaza de guerra. Había que reforzar ante todo el efectivo irrisoriamente débil de los batallones existentes. Tomáronse medidas para activar la recluta entre los austriacos, los suizos y los irlandeses. Firmáronse contratos para el equipo, armamento y manutención de los hombres. Mientras tanto, Lamoricière buscaba por todas partes oficiales expertos y capaces; confió la organización de su artillería á un capitán dimitente del ejército francés, el Sr. Blumensühl; obtuvo el concurso de algunos romanos, particularmente instruídos y celosos; llamó á su lado al Sr. de Pimodán, francés de origen, que había servido brillantemente largo tiempo en las filas austriacas; y se aseguró luego la cooperación de otros franceses, tales como los Sres. de Beudelievre, Cheigné y Charette, algunos de los cuales habían servido en el ejército nacional y otros en el extranjero. Jefes y soldados iban á componerse de elementos muy heterogéneos, pero las circunstancias no permitían otra cosa mejor. Esta organización, apenas esbozada y que, aun después de concluída, había de ser tan imperfecta, exigía una perseverancia y una firmeza inauditas, tan difícil era estimular á los funcionarios militares y civiles. En medio de sus cuidados, Lamoricière tenía la satisfacción de recibir cartas de Francia anunciándole la próxima llegada de voluntarios. En las provincias católicas del Oeste se manifestaban, en efecto, las primeras señales de un movimiento generoso que había de llevar á la defensa del Papado á tantos jóvenes de noble raza y corazón intrépido. Por aquel entonces desembarcaron en Civita-Vecchia los primeros voluntarios, que desde luego habían de llamarse *Tiradores* y más tarde *Zuavos*. Lamoricière no sólo apelaba á la juventud, sino que también á sus antiguos camaradas de escuela ó de regimiento.

El embajador de Francia observaba con una atención más irónica que benévola todo aquel despliegue de actividad militar. En sus cartas particulares se burlaba siempre de Merode, «ese prelado marcial que imitaba á Julio II.» Señalaba ciertas recepciones celebradas en el Vaticano y en las cuales la política del emperador había sido, según se decía, severamente juzgada. Los nombres de los que ingresaban en la nueva milicia del Padre Santo eran bastante significativos. ¿Qué quería decir aquella nueva cruzada? ¿Se pretendía resucitar el Vandeado ó más bien el ejército de Condé? Exagerando mucho los números, el embajador evaluaba en 16 ó 17.000 hombres el ejército pontificio; añadía que desembarcaban 400 ó 500 voluntarios cada semana y que se esperaba á unos 1.000 irlandeses (1). Grammont estimaba que, teniendo el papa tantos defensores, la ocasión era excelente para retirar nuestras tropas. No hablaba ya de una retirada en masa, que hubiese hecho olvidar toda la protección pasada; sino de una evacuación progresiva que, sin indisponernos con la curia romana, pondría fin á una situación onerosa y llena de dificultades. Proponía que se activasen las negociaciones con el cardenal Antonelli, á fin de terminarlas an-

(1) Despachos de Grammont á Thouvenel, 14 y 28 de abril de 1860 (*Libre jaune*, de 1860, págs. 105 y 111).

tes de que Lamoricière, que giraba entonces una visita de inspección por el Estado pontificio, volviese á Roma y pudiese aconsejar objeciones; porque el general y su partido, al decir de Grammont, «simulando aprobar nuestra retirada, harán todo lo posible para retrasarla hasta octubre (2).» En París estos proyectos, que respondían á un deseo ya antiguo, fueron plenamente aprobados. El mayor peligro á evitar era una agresión del Piamonte. Cavour prometió todo cuanto se quiso. «Estamos seguros, escribió en 1.º de mayo el Sr. de Thouvenel al duque de Grammont, de que el gobierno sardo no tiene intenciones de atacar á las Marcas (3).» Después de cambiar notas con el cardenal, acordóse em-



El duque de Grammont

pezar la evacuación con la salida de un batallón de cazadores de infantería; seguiría á éste uno de los regimientos del mismo cuerpo para ser embarcado en junio en Civita-Vecchia, y el resto del ejército sería repatriado en julio y agosto.

El convenio quedó concluído en 11 de mayo. Al día siguiente el duque de Grammont salió con licencia; pero en aquel mismo momento una grave noticia, transmitida de Génova, cundía por Europa, obligando á nuestro gobierno á aumentar, en vez de restringirlas, las medidas de vigilancia. Mientras se preparaba en Roma la cruzada que acabamos de indicar, otros cruzados, los de la Revolución, se embarcaban para Sicilia con Garibaldi.

III

Poco tiempo después de la paz de Villafranca, Cavour, encontrándose en Pressinge en casa de sus amigos los Sres. de La Rive, les dijo, en un momento de expansión: «Me ocuparé de Nápoles; se me acusará de revolucionario, pero ante todo hay que ir adelante, y marcharemos.» Lo que en Cavour no era más que una

(2) Carta de Grammont á Thouvenel, 24 de abril (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 135).

(3) Véase *Le Secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 146.